

tas españolas y los géneros de fabricación hispánica se abriesen camino, cuando menos, en las Américas. Yo no sé por qué no hemos de poner nosotros, si no la tiránica moda, parte de ella. A cada momento los árbitros de las elegancias nos están pidiendo prestado algún atavío nacional, que lanzan al mundo como novísimo y que viene de nuestra indumentaria antigua.

Por ejemplo: la capa, que nos ha inundado, infestado, abrumado y agobiado esta primavera, y amenazaba hacer otro tanto en invierno, y lo hará, si París, al salir de su actual crisis, no impone ningún otro abrigo inglés o ruso, en agradecimiento al concurso que le están prestando ambas naciones.

La capa es españolisima. Tres veces ya, que yo sepa, la ha patrocinado París. La primera fué cuando aquel arrogante general Quiroga, el que se pronunció con Riego, se refugió en Francia para evitar igual suerte que la sufrida por su amigo, y paseando por los bulevares su hermosa estampa de emigrado y de prócer, puso de moda el *manteau a la Quiroga* del cual queda consignado por Balzac un recuerdo. La segunda debió de ser por los años de 1894 a 95, si no me engaño, y lo que se estiló fué ya (en señoras y señoritas) la verdadera capa castiza, con sus embozos de terciopelo, su esclavina bordada y atreñchada, su paño reluciente, sus conchas de plata, tan chulas. Y ahora volvió, ya afrancesada, por supuesto menos bonita, lánguida como todas las prendas de hoy; pero tan invasora, que no ha quedado muchachilla de la clase media humilde que no se haya dado el lujo de la capa, y no la ostente como al *des-gaire*, con forros «tango» o «azul real».

**

Y al acercarse el invierno, ¿quién va a poner la moda? pregunto. ¿Cómo se van a vestir damas y damiselas? ¿Se resignarán a no alterar en lo más mínimo el estilo del año pasado y a abrir un paréntesis en la incesante variación de hechuras y adornos?

Y los sombreros, lo más cambiante, lo más inconstante, ¿serán inamovibles? ¿Vamos a seguir con el plumerito del penacho; con los *esprits* en disposición cornuta, embistiendo al acompañante; con medio ojo tapado por la inclinación del *cubre-jefe*, y con el casco y ala hundidos hasta la nariz?

La guerra (no nos equivocamos los pocos que así lo creímos) ha de prolongarse mucho. Cada ocho días, danza en periódicos la noticia de que está pedida la paz; a cada descalabro de los unos o de los otros, se los supone en actitud conciliadora. Pero no puede ser; no es tiempo; no se han gastado energías bastantes; no han muerto bastantes hombres; no se han arrasado suficientes ciudades; no se han hundido barcos en considerable número; no se ha entrado en París ni en Berlín; no han dicho su última palabra las aeronaves militares; no faltan subsistencias, a pesar del estremecedor y tal vez inventado detalle de los soldados alemanes en cuyo estómago se encontraron las hortalizas crudas, mezcladas con tierra. La guerra, si no está empezando como algunos opinan, está en su primer tercio.

**

Y llegará noviembre, sin que hayan venido los coquetones catálogos y anuncios de modistos y grandes Almacenes, sin que los figurines se hagan eco de nuevos decretos y *ukases*, sin que inunden a Madrid las viajeras por cuenta de las grandes «casas de costura», escoltadas de sus maniqués...

El año pasado, una de estas grandes casas, acaso la de mayor renombre mundial, fué derrotada en Madrid, y marcó un síntoma de lo que antes he notado: el incremento de la modistería madrileña y el fin de la leyenda de los modistos extranjeros infalibles, sublimes y prodigiosos. La casa derrotada era la de Paquín, el superfirolítico Mago de la *rue de la Paix*. Alquiló éste, o sus sucesores, un magnífico piso en la Carrera de San Jerónimo, para sucursal en Madrid, y nubes de señoras acudieron, cual las moscas al panal de rica miel, a admirar las «creaciones» del Mago. El desencanto fué inmediato, fulminante.

Encontraron varias prendas ya muy sobadas, a fuerza de «maniquizarlas» y nada sorprendentes en cuanto a novedad, originalidad y chiste modistil. Encontraron además una encargada, o lo que fuese, que apenas permitía acercarse a examinar el género, y con crispada voz y gesto disciplente contestaba lacónica, acentuando su desdeñosa actitud cuando alguien preguntaba los precios, averiguación que sin duda condenaba por impertinente y fuera de propósito.

La cosa era singular para los que conocíamos, no

sólo el modo de vender parisiense, sino el de la misma casa central de Paquín; harto sabido es que el francés se desvive por atraer al cliente, y extrema la amabilidad hasta un grado inverosímil. Fuese pues por la anomalía del sistema de comerciar que en nuestra capital pudo observarse, fuese por lo que fuese, el caso es que Paquín, en la coronada villa, debió de hacer muy mal negocio; y acaso esto explique el mal humor de la *mademoiselle*, o por el contrario, este mal humor estropeó la industria.

Ello es que ni los sombreretes ni las fundas de gasa trapajienta lograron conmover al público y acaso haya dicho para su coeto Paquín (o más bien el sucesor, pues tengo entendido que ha muerto el Mago):

— *Désormais, il faut soigner l'Espagne et le Maroc!*

**

Si paramos la consideración en lo que afecta la guerra a este ramo de la actividad industrial francesa, se comprenderá cuántos perjuicios que no se calculan origina a una nación no ya un caso como el presente, que sobrepuja a cuanto pudo calcularse, sino cualquier trastorno que paralice la exportación y la venta.

¿Qué hace, a qué se dedica la legión de *midinettes* parisienses, las empleadas en los importantes establecimientos de costura o en los inmensos bazares? ¿Preparan ropa para los heridos, sábanas para las sangrientas camas, hules para las camillas, cuanto exige la trágica situación? ¿Se han escondido en sus bohordillas a la Murger, cultivando el tiesto de resedá y el pie de floridas capuchinas, que enraman su ventana romántica y poética? A falta de café y manteca y *côte* con patatas fritas, ¿se mantienen del amor de los estudiantes? Mimi, tísica a fuerza de privaciones, ¿existe aún?

También el amor, ese amor sin recato, que llena de parejas estrechamente enlazadas los jardines de las Tullerías, al caer de las hermosas tardes de mayo y junio, está en suspenso. No es el momento a propósito para tales tortoleos y arrullos. No son malas tortolitas las que se han entrado frontera adelante. Aunque el plomo francés les dé caza, los momentos son difíciles. Vencedores y vencidos tendrán que restañar sangre y heridas profundas, y por bastante tiempo el amor, que Tolstoy condenaba en la literatura francesa, porque ocupaba demasiado sitio, absorbía con exceso y nimiamente la fuerza espiritual de una nación obligada a preocupaciones más serias, después de sus desastres, tendrá que plegar las alas, colgar el carcax y deplorar que las flechas no sean utilizables en los campos de batalla...

¿Cuántos dramas sentimentales estarán, en estos momentos, desarrollándose, allende y aquende el Rhin!

Hablen otros de las líneas de combate, de la estrategia, de los efectos asombrosos de la artillería, de los inventos extraordinarios en aviación y navegación submarina, de las pólvoras nuevas (cuyo nombre acaba en *ita*, en vez de acabar en *on*, sílaba detonante); a mí me interesa más lo que sucede en las almas, la tremenda ramazón de novelas y cuentos y poemas y elegías que brota al margen de las heredades encharcadas de sangre, en el seno de las ciudades donde ya no se trafica, y suben los artículos de primera necesidad, y falta el trabajo y caen las bombas.

Por cierto que el oficial alemán que lanzó una fanfarronada sobre París, desde un zepelín, no estará contento. No hay cosa más humillante que amenazar en vano. Ese *quiquiriquí* de gallo de Hamburgo, ese «rendíos, que no tenéis más remedio», tal vez sea la única *rodomontade* que se han permitido las invasores; pero fué pública, estruendosa y, digámoslo igualmente, graciosa, propia de un lansquene, de retorcido mostacho juvenil, que escupe miles de *donnerwetter* y ha constituido un episodio animado y aventurero, en medio de una lucha monstruosa, plomiza, sorda, brutal...

Y las músicas militares, elevando sonoridades de himnos, apenas nos permiten consagrar atención al eco apagado de la marcha fúnebre de la marioneta Moda...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Uno de los aspectos secundarios de la guerra es la influencia que puede tener en la moda femenina. Y este aspecto, en apariencia frívolo, es en realidad de suma importancia económica.

No es fácil calcular a cuántas familias, a qué número de individuos trae la miseria el hecho de que no se exporten artículos de la *toilette* femenina, ni de Francia ni de Alemania (puesto que siguen viniendo de Inglaterra). Y no me refiero a lo que podría importar España únicamente, sino a lo que salía para todas las naciones del mundo. Sólo Sud-América...

Era ésta una excelente ocasión para que, ayudados por la fabricación de Cataluña, los industriales y modistas españoles, no sólo hicieran su agosto, sino que adquiriesen clientela fuera de España. Nadie se ría irónicamente: las modistas españolas han adquirido, de diez años acá, muchas cualidades; se han formado mucho. Hará un cuarto de siglo no se podía confesar vestirse en Madrid, pues parecía desdoro; y realmente, no bastaban tapujos, pues el traje o la prenda lo llevaban escrito claramente, en cada costura y en cada vuelta.

En la actualidad, se ha ido borrando la diferencia enorme entre la modistería francesa y la nacional; Madrid está lleno de excelentes modistas, y mucho traje que vemos en los bailes y en las fiestas y encontramos gracioso, nuevo, original, *chic*, procede de talleres que están a dos pasos de nuestro domicilio. Más de una dama encopetada y que afecta traer de París hasta los camisones, de Biarritz o Bayona por lo menos, recurre misteriosamente a alguna hada de la calle del Bonetillo o de la Corredera de San Pablo y hace el gran papel, y al día siguiente lee, en la revista de salones, hiperbólicos elogios de su *elegancia suprema*...

Lo saben las mismas modistas; no ignoran que el traje «dió golpe», y no se atreven a murmurar con sonrisa de modestia: «Pues lo hice yo.» Temen perder la clientela buena, empingorotada, y prefieren no recoger un lauro, a quedarse sin las parroquianas mejores.

¿Qué más? Hasta la confección doméstica, los humildes «pichones caseros» compiten hoy con los envíos de Lutecia. Claro es que me libraré de poner nombres al pie de esta afirmación; me ganaría enemistades de esas que no perdonan. Basta que el hecho esté, como suele decirse, «en la conciencia de todos»... Y, si cada cual pensase como yo, el hecho de confeccionar en casa hasta las galas de mayor aparato y suntuosidad, merecería, antes que censura, caluroso elogio.

La prosperidad reciente de Alemania no debe poco al sistema de hacer en casa un sinnúmero de cosas que en otros países se encargan fuera; y este *caserismo*, llamémoslo así, de los alemanes, ha representado enorme economía, no sólo para sus clases populares, sino para las altas y copetudas, porque todas han menester vivir prevenidas contra el desorden del lujo, que devora al grande como al chico.

**

Convendría, lo repito, que se aprovecharan circunstancias tan extraordinarias, para que las modis-